Pero parece como si Dios hubiese querido poner a prueba la fe de los cristianos, y dándoles ocación para el dilatado ejercicio de la perseverancia, permitiendo que aquella Tierra y aquellos Lugares Santos, que por ley de natural herencia debían ser patrimonio común de toda la Cristiandad, cayeran en poder de los fanáticos musulmanes, perpetuos e irreconciliables enemigos del nombre cristiano.

En cumplimiento de las profecías que predijeron la ruina del pueblo hebreo y la destrucción del famoso templo salomónico, del que no había de quedar y, en efecto, no quedó piedra sobre piedra, el emperador romano Tito cercó estrechamente a Jerusalén, después de haberse apoderado de las mejores plazas fuertes de Palestina, y la ciudad a un tiempo santa, mártir y deicida sucumbió a los embates del sitiador. Seiscientos mil judíos perecieron en aquel asedio, el más horrible que jamás haya sufrido ciudad alguna.

Todavía tardaron dos años los romanos en rendir las últimas fortalezas de Judea, sobre todo las de Maqueronte y Massada, cuyos defensores prefirieron matarse, como los numantinos, a capitular con el vencedor. No obstante los estragos de tan acerba campaña, aún quedó Palestina con suficientes habitantes para formar una provincia del imperio romano; pero el año 135 un impostor, llamado Barcoquebas, se presentó al pueblo como el Mesías prometido, y alentados los judíos por tan loca confianza, se sublevaron de nuevo en tiempo del emperador Adriano, que devastó el país convirtiéndolo en desolado desierto y vendió como esclavos a sus últimos habitantes. Desde entonces dejó de existir la nación judía, aunque la raza, esparcida por todos los ámbitos de la tierra, ha conservado sus rasgos característicos e inconfundibles, prevaleciendo contra las innumerables persecuciones, matanzas, destierros, injurias y animosidades de que ha sido rebelde víctima en el transcurso del tiempo.

La tierra que fué testigo de las victorias de los Jueces y los Reyes contra los pueblos comarcanos que periódicamente oprimían a los israelitas; la tierra empapada con la sangre del Redentor, tiene todavía para el Cristianismo el encanto y la poesía de los recuerdos inolvidables, de los misterios augustos, de los hechos que, acaecidos ha veinte siglos, parece como si acabaran de suceder o estén perpetuamente sucediendo en el tiempo y en la eternidad. Aún resuena en la cumbre del Sinaí el estruendo del trueno y el fulgor del relámpago que acompañaron a la promulgación de la única ley inderogable en los códigos de la naturaleza humana. Perdura el eco de los cánticos de Moisés y Débora, de los salmos de David, del «Cantar de los Cantares» de Salomón. No se ha desvanecido el eco de las lamentaciones y trenos de Jeremías, y aún escucha el mundo la voz de los apóstoles que anuncia el Evangelio de Jesús.

En vano estremecieron aquel sagrado suelo las pisadas férreas de las romanas legiones y los galopantes cascos de la caballería árabe. Ni el paganismo idólatra de los Césares ni el islamismo fatídico de los Califas lograron borrar las divinas huellas del Ungido.

Bajo el dominio de Roma y después de Bizancio estuvo Palestina, hasta que en el año 1071 se apoderaron de ella los turcos, que de victoria en victoria amenazaban a la capital del imperio de Oriente. La profanación de los Santos Lugares y las vejaciones a que los turcos sometían a los cristianos que iban en peregrinación a Jerusalén conmovieron profundamente el corazón de Pedro el Ermitaño, cuya ardosa palabra inflamó el ánimo de la Cristiandad en el vehemente deseo de arrebatar la ciudad santa de manos infieles. Así surgió la primera cruzada, que al mando de Godofredo de Bouillón, duque de Lorena, y formada por un ejército de 300.000 hombres, pasó el Bósforo, apoderándose de Nicea y Antioquía, cuyo dominio les dejó libre el camino de Jerusalén. Sólo quedaban 25.000 hombres del poderoso ejército salido de Occidente; pero animados por la fe en la santidad de su empresa, prosiguieron la marcha, y al divisar las almenas de la torre de David y la cumbre de Sión se prosternaron humildemente, con los ojos arrasados en lágrimas, y renovaron el juramento de libertar a Jerusalén o morir en la demanda. Era el año 1099. Estaba entonces la ciudad poderosamente defendida por altas murallas, profundos fosos y una guarnición de 40.000 hombres, cuya enconada resistencia no impidió que los cruzados la tomaran por asalto el viernes 15 de Julio de 1099.

Sin embargo, no permaneció Jerusalén mucho tiempo en poder de los cristianos. Saladino, lugarteniente del sultán Nuredín, después de conquistar el Egipto y la Siria invadió el reino de Jerusalén, fundado por Godofredo, deshizo en la sangrienta batalla de Tiberiades al ejército de Goy de Lusiñán, quien cayó en manos del vencedor, y recobró a Jerusalén con toda la Palestina.

Desde entonces, si prescindimos de la fugaz cesión de la ciudad santa por el sultán de Egipto al emperador Federico III de Alemania, cuyo matrimonio con Yolanda, hija de Juan de Briena, le había conferido el título nominal de rey de Jerusalén, quedó Palestina bajo el dominio de los turcos, que con el tiempo fueron suavizando las rigurosas vejaciones de que hacían víctimas a los peregrinos, hasta que últimamente eran ya los cristianos de todas las ramas y sectas dueños efectivos, aunque no soberanos, de la Tierra Santa. La mezquita y el templo, la capilla y la sinagoga gozaban de absoluta libertad religiosa en el recinto de la ciudad de David, gracias a la tolerancia de los musulmanes, o, mejor dicho, merced a la implícita cruzada moral de las grandes potencias, por cuya conmiseración, cimentada en el mutuo recelo, seguía existiendo en Europa el imperio turco, a cuyos sultanes y visires no se les hubiera consentido el más leve quebranto de la libertad de conciencia en la Tierra Santa, todavía sometida a su dominio político.

Pero la guerra que hoy asuela al mundo entero a fuego, hierro y hambre, ha venido a cumplir por desusados y providenciales caminos el no logrado anhelo de los cruzados medioevales. Sin necesidad de asedio ni asalto, por efecto de afortunadas operaciones militares contra las tropas turcas de Palestina, el ejército inglés, al mando del general Allenby, entró en Jerusalén, abandonada por sus seculares dominadores, el 9 de Diciembre del año último.

La primera providencia del libertador de Jerusalén estuvo animada del espíritu que alentó a los cruzados hace siete siglos, del espíritu de coalición y conciliación entre los príncipes cristianos, pues respetando la santidad de aquel suelo, consagrado por las oraciones de miriadas de peregrinos de la religión de Cristo, prometió desde el primer momento la protección armada de los Santos Lugares.

Cabe la esperanza de que las naciones cristianas de uno y otro bando beligerante estipulen de común acuerdo la neutralizada internacionalización de la ciudad davídica, igualmente sagrada para todos cuantos de veras siguen las doctrinas del invencible Galileo. No es conjeturable que vuelva Jerusalén al dominio otomano. Cristiana ha de ser por ley de herencia la cuna del cristianismo para que, desde ahora en adelante, se cumpla más plenamente la palabra del profeta que dijo: «Y acontecerá en lo postrero de los tiempos que será confirmado el monte de la casa de Dios por cabeza de los montes, y será ensalzado sobre los collados y correrán a él todas las gentes. Y vendrán muchos pueblos y dirán: Venid y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará en sus caminos, y caminaremos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor.»

Estas proféticas afirmaciones de Isaías enunciadas hace tres mil años, parece como si tuvieran acabada interpretación en la verosímil conjetura de ofrecer al Papa la liberada ciudad de Jerusalén, como sede apostólica que enlazaría en comunidad de sentimientos religiosos al mundo oriental con el occidental.

Pero dejando al tiempo las visiones del porvenir, no será delirio alimentar la esperanza de que hasta la consumación de los siglos ondee el estandarte de la roja cruz de los cruzados en la torre de David, para que cuando la paz vuelva a reinar entre los príncipes cristianos, y el restaurado mundo descuaje la piedra de escándalo del odio en que tantas veces tropezara, acudan los pueblos al monte de Sión y escuchen tan atentamente al Hijo del Hombre que jamás se les olviden aquellas palabras que compendian todas las leyes divinas y humanas: «Amaos unos a otros como yo os he amado.»

En los días de Cristo se extendía la Palestina o Judea entre las montañas de Galaad y el desierto de Arabia por oriente; la Siria y el Líbano por el norte; el Mediterráneo por occidente, y la Arabia Pétrea y Egipto por el sur. Su extensión superficial era de 18.000 kilómetros cuadrados, o sea, poco más o menos, la de las tres provincias catalanas de Barcelona, Gerona y Tarragona; pero su población era muy densa, y en los reinados de David y Salomón llegó a doce millones de habitantes, según testimonio de la Biblia.

Las montañas de Palestina serán eternamente famosas porque sus nombres son otros tantos recordatorios de la redención del linaje de Adán. El Tabor, el Carmelo, el Olivete fueron testigos de la Transfiguración, del admirable Sermón llamado «de la Montaña» y de la patética oración de Getsemaní, en cuyo huerto arraigan todavía los olivos que estremecieron de angustia su ramaje al presenciar las congojas de la humana naturaleza del Salvador ante la inminencia del tremendo sacrificio que le aguardaba en la cima del Calvario.

La actual aridez del suelo de Palestina parece como si desmintiera las bíblicas descripciones de esta tierra, que a la vista de los exploradores enviados por Moisés manaba leche y miel. Pero de no ser cierta la fertilidad del país de Canaán, no hubiera podido sustentar hasta la hartura al pueblo de Israel, ni sus libros sagrados nos encomiaran en pasajes escritos en épocas muy distantes unas de otras la fecundidad de sus valles y montañas, donde medraban lozanamente la vid, el olivo, la higuera, el sicomoro, y las mieses se mecían henchidas de grano al beso del sol y las caricias del aire.

El reino de Israel, asentado en Palestina (si tomamos este nombre por equivalente al de tierra de Canaán), estaba distribuído en trece distritos, situados, diez de ellos, en la parte occidental del río Jordán y tres en la oriental. Llegó este reino al pináculo de su grandeza y poderío en los últimos años de David y durante el reinado de Salomón, quien heredó de su padre la mayor parte de la Siria y los países comprendidos entre el río Eufrates, el mar Rojo, Egipto y el mar Mediterráneo.

La tiranía de Roboán, hijo y heredero de Salomón, provocó la rebelión de diez tribus, que se declararon independientes, constituyendo el reino de Israel. Sólo las tribus de Judá y Benjamín permanecieron fieles a Roboán y formaron el reino de Judá.

Aparte de los trece distritos o repartos territoriales en que por ordenación política distribuyó Josué la conquistada tierra de Canaán entre las doce tribus (pues la de Manasés quedó separada en dos semitribus con distrito propio cada una), puede considerarse Palestina dividida geográficamente en cuatro comarcas naturales, a saber: Judea, Samaria, Galilea y Perea. Las tres primeras sobresalen principalmente en la historia sagrada, y de aquí la denominación comarcal de judíos, samaritanos y galileos que se daba a los nacidos respectivamente en cada una de ellas, aunque todos eran de linaje israelita.

Los cristianos que en estos últimos tiempos van en rápida y cómoda peregrinación a Tierra Santa, pueden hacerse cargo, durante el viaje, de las penalidades que habrían de sobrellevar los peregrinos cuando las plantas de los pies, auxiliadas por el bordón, eran su único vehículo. Ahora el peregrino puede hermanar la curiosidad devota con el regalo que la civilización le ofrece en trenes y buques de celérrima marcha y disfrutar del muelle hospedaje de los modernos hoteles; pero aunque la locomotora haya suplantado con sus resoplidos el cálido aliento de la mula y el buey, que a falta de ropas abrigaron al Divino Infante; aunque la luz eléctrica ofusque la vista del peregrino y no le deje ver la estrella de Belén; aunque los centinelas de los ejércitos aliados custodien las tumbas de Raquel y de Abrahán, y hayan relevado a los soldados de Roma en la custodia del Santo Sepulcro, no por ello se amortigua la fe del peregrino cristiano, como tampoco los anacronismos de los belenes infantiles, con sus trenes y aeroplanos y soldados, desvanecen la fe en el Redentor del mundo.

* * *

El movimiento sionista, al parecer favorecido por Inglaterra, propende a reconstituir la nación judía en su antiguo territorio de Palestina, cuyo suelo conserva latente la fertilidad que le hiciera famoso en tiempos de la conquista por los ejércitos de Josué. La llanura de Saron, que se dilata entre Jaffa y Cesarea, produce abundancia de cereales, en proporciones de ocho por uno para el trigo y de quince por uno para la cebada. La comarca de Jericó y del mar muerto es otra llanura regada por el Jordán donde medran varios árboles frutales, entre ellos el naranjo y limonero, el granado y el moral. En los alrededores de Jerusalén puede cultivarse ventajosamente la vid con el olivo, la higuera y el nogal. La palmera medra lozana y fructífera en las cercanías de Gaza y Jaffa.

Si el movimiento sionista logra su ideal y que por algún tiempo vuelvan los judíos a la tierra de que les expulsó el destino, no será extraño que actualicen con su proverbial laboriosidad las riquezas latentes en el suelo de Palestina. La Alianza israelita, mantenedora del movimiento sionista, se aprovechó de la Escuela de Agricultura, fundada por Carlos Netter en las cercanías de Jaffa, para educar en ellas a numerosos jóvenes judíos, que, después de cursada la carrera de perito agrónomo, van a dirigir y fomentar las diez colonias agrícolas que desde hace años se establecieron en Palestina, costeadas en su mayor parte por el barón Edmundo de Rothschild. Estas colonias netamente judías han convertido los yermos en vergeles, y análoga labor realizaron varias comunidades religiosas católicas, como los trapenses y benedictinos.

Desde luego que si se adoptaran en el cultivo del suelo de Palestina los procedimientos aconsejados por la moderna agronomía, fuera posible acrecentar cinco veces su producción y ofrecería numerosas ocasiones de establecer no pocas industrias rurales, en que, al amparo de la libertad del trabajo, encontrarían lucrativa ocupación muchos emigrantes europeos.

Durante la dominación turca ha estado Palestina sumida en milenario letargo, del que la ha despertado el estruendo de las armas, con promesa de incorporar sus naturales riquezas al torrente de la vida mundial.

FEDERICO CLIMENT TERRER.

✝

EL SEÑOR

D. Francisco González Vicente

FALLECIÓ EN PERALEJA (CUENCA)

EL DIA 6 DE ABRIL DE 1922

A LOS 65 AÑOS DE EDAD

DESPUES DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS

R. I. P.

Su desconsolada esposa D.ª Saturnina Sanabria Moreno; hijos doña Carolina, D.ª Candelas, D.ª Tomasa, D.ª Basilia, D. Francisco, don Eustasio, D. Marcelino y D. Florentino; hijos políticos D. Saturnino Parrilla, D. Cesáreo Parrilla, D. Isidoro Manzanares, D.ª Patrocinio Vicente y D.ª Tomasa Mellado; primos y demás parientes.

Participan a Ud. tan sensible pérdida y le ruegan una oración por el eterno descanso de su alma.

NO SE REPARTEN ESQUELAS

Semana Santa en Cuenca

PROGRAMA

de las funciones religiosas con que se celebrará la Semana Santa del año 1922

MIÉRCOLES SANTO

12 Abril.—A las nueve de la mañana, en la S. I. Catedral, se celebrará Misa conventual, cantándose en ella la Pasión, según el evangelista San Lucas.

A las tres de la tarde, en la expresada Iglesia, serán cantados los Maitines o Tinieblas, y al final un Miserere a toda orquesta.

A las ocho de la noche, saldrá de la parroquia de San Esteban la procesión *Del Silencio*, en la que forman los pasos: Jesús Orando en el Huerto, El Beso de Judas, Jesús en el Pretorio, Arrepentimiento de San Pedro, Jesús ultrajado ante Anás y Caifás y Nuestra Sra. de la Amargura con San Juan Apóstol.

JUEVES SANTO

13 Abril.—A las ocho de la mañana, en la S. I. Catedral, y a las nueve en las Iglesias parroquiales y conventuales, se celebrarán los Oficios propios del día quedando expuesto Su Divina Majestad en los Monumentos hasta las nueve de la noche.

En los Oficios de la S. I. C. tendrá lugar la solemnísima ceremonia de la Consagración de los Santos Oleos, por el Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis. A los Oficios de la parroquia del Salvador, concurrirá en corporación el muy Iltre. Cabildo de Caballeros de Nuestra Sra. de la Soledad y Santo Sepulcro.

A las tres de la tarde, se hará en la Catedral, por el Excmo. Sr. Obispo, la piadosa, edificante y humilde ceremonia de Lavatorio de los pies a doce pobres.

A las cuatro de la tarde, saldrá de la ermita de San Antonio Abad la procesión de Pasión que organiza la Archicofradía de Paz y Caridad, y en la que forman seis hermandades presididas por el Santísimo Cristo de las Misericordias, con los pasos: Jesús orando en el Huerto, Jesús en la columna, Jesús con la Caña, Santo Ecce-Homo, Jesús Nazareno con el Cirineo y Ntra. Sra. de la Soledad.

VIERNES SANTO

14 Abril.—A las cuatro de la mañana, se expondrá de nuevo a S. D. M. en los Monumentos, hasta los Oficios propios del día, que se celebrarán a las nueve, en la S. I. Catedral, cantándose en ellos la Pasión, según el evangelista San Juan, haciéndose la Adoración de la Santa Cruz y procesión del Santísimo, desde el Monumento a la Capilla Mayor.

A las seis de la mañana, saldrá de la Iglesia del Salvador la procesión *Camino del Calvario*, en la que forman los pasos: Jesús Nazareno caminando cargado con la Cruz, Jesús Nazareno caído bajo el peso de la Cruz y la Verónica con el Santo Rostro, San Juan Apóstol y Evangelista y Nuestra Sra. de la Soledad, con sus respectivas hermandades.

A las diez de la mañana, de dicha parroquia del Salvador y de la de San Esteban, saldrá la procesión *En el Calvario*, compuesta de las hermandades y Pasos: Crucifixión, Exaltación de Jesús Crucificado, Agonía, Muerte y Lanzada, Descendimiento y Nuestra Señora de la Piedad o de las Angustias.

A las tres de la tarde, tendrá lugar en la parroquia del Salvador y en la ermita de Nuestra Señora de las Angustias, el ejercicio del *Vía-Crucis*, predicándose en ambas iglesias el sermón de Soledad.

A las cinco de la tarde, saldrá de la parroquia del Salvador la solemne procesión del *Santo Entierro*, con asistencia de los acogidos en la Casa de Beneficencia, de todas las Hermandades, Seminarios, Cabildo Catedral y de Santa Catalina, Excmo. Ayuntamiento bajo mazas, Gobernadores civil y militar y el Excmo. Sr. Obispo con el tribunal eclesiástico.

En esta procesión, forman heraldos de la Fama y de Armas, niños pasionarios, Marta, Samaritana, Verónica y las tres Marías; los Caballeros de Nuestra Señora de la Soledad y Santo Sepulcro, que la costean, los que concurrirán con los hábitos y distintivos Capitulares.

La ermita de Nuestra Señora de las Angustias estará abierta todo el día y noche de Viernes Santo hasta el toque de Gloria del Sábado, en cuyo tiempo harán compañía a Nuestra Señora en su Soledad, los Hermanos de la Congregación y fieles difuntos.

Todas las procesiones harán estación frente a la S. I. Catedral, recorriendo las carreras acostumbradas de años anteriores y concurrirán los cofrades vistiendo las túnicas peculiares de cada Hermandad o Paso. A todas asistirán las bandas de música provincial y munipal, y por las capillas correspondientes será entonado el tradicional y patético miserere.

En la noche del Jueves a Viernes Santo, darán guardia y adoración al Santísimo, las Secciones de la Adoración nocturna en los Monumentos de la ermita de Nuestra Señora de la Esperanza.

SABADO SANTO O DE GLORIA

15 Abril.—A las ocho de la mañana, en la S. I. Catedral y en las demás Iglesias se celebrarán los Oficios y Misas de Gloria, haciéndose un repique general de campanas a la indicación de aquélla.

BIBLIOGRAFIA

Colomba, novela, por Próspero Merimee.—Un tomo de 265 páginas.—Biblioteca popular Alvadejra. Madrid: 2,50 pesetas.

Pasan los siglos y las novelas en que intervienen bandidos tienen para todos, dicho sea con hidalguía, un atrayente encanto. El mismo cine logra los mayores éxitos con las películas en que el argumento gira a su alrededor. Y es que la bravura, aunque esté al margen o contra la ley, halla un eco seguro en muchos corazones. Próspero Merimee, el autor de *Carmen* y *Doble Error*, que fué un gran literato, en estilo exacto y muy suelto con animación de diálogo que subyuga historia en *Colomba* una venganza corsa, ayudada por la intervención de unos bandidos de leyenda. El tipo de Colomba la corsa, sedienta de vengar la muerte de su padre; la inglesa miss Lydia, que acaba enloqueciendo por orso cuando éste, obligado, mata, las costumbres de aquéllas tierras lejanas y ardientes, de Córcega, están trazados de mano maestra. Y el lector que busque en la novela la pintura de costumbres originales, hechas con fidelidad un poco cromática; y la impaciencia avivada de buscar el desenlace hallarán en esta novela su apropiada obra.

VIND.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Mundo, El. 12/4/1922.